

esto á esta nuestra nacion , bien nos pudieramos llamar los hombres mas felices de todos quantos viven sobre la faz de la tierra. Asi habló el prudente y sabio Madagascarés , edificandonos á todos nosotros , y á todos nos pareció que nos hallabamos con bastante instruccion , y con suficiente zelo para hacer tan grande bien á una Nacion dotada de una razon natural bastantemente despejada , y de unas virtudes Morales , que verdaderamente nos confundian á los que gozabamos las ventajosas luces del Evangelio , y los poderosos auxilios de la divina gracia. Por tanto nos ofrecimos á hacer todo quanto nos fuese posible para instruir á aquellos Isleños en lo que no sabian ; y quizá hubieramos logrado ser los primeros que echasen los fundamentos de tan gloriosa y piadosa obra , á no haber sobrevenido un impensado accidente , que desbarató todas nuestras buenas intenciones. Tanta verdad es , que en este mundo no pocas veces se quisiera hacer el bien que no se puede ; pero muchas mas no se quiere practicar el que se pudiera hacer.

CAPITULO IX.

Vense precisados á salir á la guerra el jóven Siciliano y sus compañeros. Curiosos lances de D. Bibulo durante la campaña. Disposiciones del General de los Madagascareses. Sucedele el Siciliano en el mando de las tropas. Consigue una ilustre victoria , y vuelve glorioso á la Corte , de cuyo favor procuraron sus compañeros desbancarle.

Habiamos sido todos convidados á comer con el Rey para el dia siguiente , y quando estabamos á la mesa llegó un correo con la siniestra noticia , de que las Provincias Meridionales juntando un numeroso exercito habian penetrado en los dominios de su Magestad , desolandolo todo sin perdonar á hombres , ni á ganado. Añadiase á esto , que el General de la Isla , sobre hallarse con poca gente , debia hacer muchas marchas antes de ver la cara al enemigo , y que llegaría muy tarde para salirle al encuentro , y detener sus rápidas desolaciones , si hubiera de esperar los refuerzos de las tropas , que estaban divididas en cuarteles muy distantes. Asi que la comida se

convirtió en un consejo de guerra, donde se resolvió hacer partir con toda solicitud y á marchas forzadas hácia el ejército el mayor número de soldados que se pudiese reclutar, y que todos nosotros partiesemos tambien con él, esperando-se grandes hazañas de nuestro valor. Y veisnos aqui pasar de repente del ocio y diversiones de la Corte, á las fatigas y peligros de la guerra. En pocos dias llegamos al ejército, que se habia de juntar á las márgenes de un rio llamado *Napabás*, esto es, *agua dulce*, y hallamos que consistia entonces en doce á catorce mil hombres, pero poco tiempo despues subió hasta veinte mil. Estaba dividido en seis, que nosotros llamariamos Brigadas ó Regimientos, los cuales se distinguían por el color diferente de los uniformes. El General, que era un buen viejo, dedicado al vino con algun exceso, se alegró mucho de nuestra venida, pensando ya en cargarnos á nosotros con muchas de aquellas fatigosas funciones que le tocaban á él, y no podia, ó no queria ya hacer. Quando llegó á entender que mis compañeros me habian elegido como por cabeza suya, me hizo mil distinciones y finezas; y conociendo despues por nuestras conversaciones privadas que yo tenia alguna tintura de la disciplina militar, me declaró su Ayudante mayor, ó por mejor decir, su Lugar-Teniente. De manera, que mientras él se estaba despachando sendos vasos de vino en su barraca (que por la decencia llamaremos *tienda*) yo estaba todo el dia enseñando el exercicio, y atendien-

diendo como un azacan á todas las ocurrencias de la tropa. Mientras tanto estaba impacientísimo porque se me ofreciese alguna bella accion en que hacerme famoso, y pedí licencia al General para salir con dos ó tres Compañías á tomar lengua de los enemigos, los cuales se habian avanzado hasta cinco ó seis leguas de nuestro campo, despues de haber puesto fuego á muchas Ciudades, y á muchísimas Aldeas. Al principio tuvo alguna dificultad el General en concedermela; pero al cabo me lo permitió, aunque con la condicion de que habia de restituirme al campo dentro de dos, ó á lo mas dentro de tres dias. Mandó que me acompañasen algunos hombres prácticos del país, y quisieron tambien venir conmigo algunos de mis compañeros para darse á conocer. Pero nuestro Don Bibulo, que en otro tiempo deseaba ser soldado para comer y beber á su modo, viéndose ahora en el próximo peligro de tomar las armas, aunque por reputacion se habia conformado con el espíritu de los otros, caminaba pensativo, taciturno y melancólico, temblando de miedo al mas leve movimiento de una hoja, y casi fuera de sí unas veces aceleraba mucho el paso, y otras se paraba en ademán de quien queria volver atrás. Conocí luego lo poco que se podía esperar de un hombre de tan poco espíritu, y que antes nos serviria de estorvo que de ayuda en las ocasiones, y así determiné desembarazarme de él, y enviarle á la Corte con el primer motivo que se me ofreciese. Tardó poco en ofre-

cerse, porque habiendo encontrado una pequeña partida de enemigos, que era sola de veinte hombres, los acometimos, y haciendolos á todos prisioneros, los despaché al campo con una buena escolta, cuyo mando encargué á Don Bíbulo. El día siguiente combatimos con otro destacamento mas crecido, que llevaba á su campo gran número de ganado que habíamos recogido para la subsistencia del nuestro. Luego que le descubrí le hice atacar, procurando que en el ataque se observase el mayor orden, y despues de haberle desbaratado, recobrando todo el botin que llevaba, y haciendo cien prisioneros, dí la vuelta para restituirme al ejército. Quando llegué como á la mitad del camino, marchando un poco mas adelante del cuerpo que iba mandando, muy alegre por lo bien que me habia salido mi pequeña expedicion, me hallé con Don Bíbulo, que estaba sentado á la puerta de una venta tratando familiarmente con una gran botella de vino. ¿Qué hace usted ahí Don Bíbulo? le pregunté, ¿y dónde están los prisioneros que le ordené conduxese al General? A estos, me respondió, los envié al campo con la escolta, y yo deseoso de tener parte en vuestra gloria, me quedé aquí para descansar un poco despues de tantas fatigas, y volver solícitamente á incorporarme con vuestro destacamento, luego que hubiese probado los preciosos licores que por mi buena fortuna encontré en esta hermita de Baco. Alto, pues, Don Bíbulo, le dixé: vámos marchando; que este no

es sitio muy seguro, y no faltarán ocasiones en que emplear mejor vuestro valor. ¿Pues qué? me replicó él: ¿quereis abandonar á la discrecion del enemigo un puesto tan importante como éste? Paréceme que no será del servicio de su Magestad dexar en poder de los enemigos tantas buenas provisiones como hay aquí, y todas admirables para inspirar valor, fuerza y denuedo á sus soldados. Dexadme aquí os ruego, que yo solo me ofrezco á defender el puesto aunque sea contra cien Orlandos: y diciendo esto volvió á empinar la botella, que no apartó de los labios hasta que la dexó sin una sola gota. Púsose entónces en pie, y queriendo dar dos ó tres pasos, como el vino le habia embargado todas las fuerzas, trémulos los pies, y titubeando la cabeza, cayó de bruces en el suelo sin poderse levantar, de manera que un Madagascarés hubo de cargar con él echándosele acuestas sobre las espaldas, para que pudiese venir con nosotros. Todos pecian de risa al mismo tiempo que yo me estaba interiormente consumiendo al ver el poco honor que aquel hombre hacía á nuestra nacion Européa. Todavía fue un poco mas cómica la escena que pasó no mucho despues entre Don Bíbulo y el Madagascarés; porque el movimiento del que le llevaba acuestas provocó el vómito á Don Bíbulo, y éste descargó sobre la cabeza, cara y pecho de su conductor todas las heces del vino que tenia en el estómago, de modo, que lleno de rabia el Isleño al verse de aquella ma-

nera, le dexó caer en el suelo, y comenzó á darle puñadas y cachetes, á lo que correspondió Don Bibulo como pudo, arañándole bien la cara; espectáculo que llamó hácia sí á todos los soldados, los quales se despedazaban de risa. Llegué entónces yo, y separé aquel ridículo combate, bien resuelto desde aquel día á dexar al tal compañero mio en un lugar donde aprendiese la templanza y moderación que se usaba en la Corte, ya que le hacian tanto daño, y producian en él tan mal efecto los licores de aquel país. Despachóse al Rey un correo con la alegre noticia de los ventajosos sucesos de nuestras armas, y habiéndola recibido su Magestad con grande gusto, mostró su Real gratitud á mis servicios, despachándome la patente de General, con futura sucesion al mando de sus Exércitos.

De esta manera me ví de repente en Madagascar un hombre que nunca podia ser en Europa; y viéndome honrado y celebrado de todos, comencé yo mismo á estimarme un poco mas, no sin alguna vanidad de mi repentina fortuna. Pero ya se habia completado nuestro ejército con todo el número de gente que habia de tener, y el ejército enemigo estaba poco distante del nuestro, de manera que parecia inevitable una accion general y decisiva. Habia tenido yo la curiosidad, mientras iba recorriendo nuestro campo, de observar todos los ejercicios militares que diariamente se hacian, y no

tar al mismo tiempo quáles eran los cuerpos de nuestro ejército mas valerosos, y mejor disciplinados. De todo habia hecho mis apuntaciones, reservándome el aprovecharme en tiempo oportuno de aquella importante observacion. Una mañana fuimos avisados por los corredores, que el enemigo venia avanzando hácia nosotros con resolucion de presentarnos la batalla. Inmediatamente me subí á una colina, desde donde observé el número, y la formacion del ejército enemigo. Reconocí que podia ser superior al nuestro por lo menos en un tercio, y que su idea era encerrarnos, atacándonos por todas partes. Hice entónces salir de sus respectivos puestos á nuestra tropa: dispusela toda en una frente muy extendida, formándola en tres lineas, compuesta la primera de la gente mas visofia, mas debil, y menos disciplinada, para que desbrabase, y se emplease en ella el primer ímpetu del enemigo, que sabia era siempre ferocísimo, y fuese despues recibido de la segunda y tercera fila, donde habia colocado la gente mas disciplinada, mas valerosa, y mas aguerrida, con las fuerzas enteras y frescas, asegurando de esta manera una completa victoria. El suceso correspondió perfectamente á lo que yo me habia prometido. El General habia nombrado á Don Bibulo por uno de sus Ayudantes subalternos, lo que éste admitió con tanto mayor gusto, porque habia observado que el General no era menos devoto del vino que él. Con efec-

to

to aquellos dos hombres estaban muy ocupados en desocupar un gran frasco de vino, al mismo tiempo que se tocó á dar principio á la batalla, y no se movieron de su puesto hasta que no quedó en el frasco ni una sola gota. Con esto entré yo á exercer todo lo que tocaba al primer General, mandando los avances, las embestidas, las conversiones, las desfiladas, y todas las demás evoluciones, que son tan necesarias en las acciones de la guerra. Aunque nuestra primera fila quedó enteramente desbaratada, habiendo yo mandado á la segunda que entrase á ocupar prontamente el lugar de la primera, contuvo el ímpetu de los enemigos, que ya creían tener en la mano la victoria, y haciendo desfilar sobre la izquierda un cuerpo de reserva que yo mismo conducía, los acometí por el costado, mandando á los Portugueses que al mismo tiempo disparasen los fusiles que tenían consigo, hasta apurar la poca provision de pólvora con que se hallaban, que apenas podía llegar para tres descargas. El nunca oído ni esperado estruendo de los tiros, desordenó de tal manera á toda aquella ala, que derrotada del todo, traxo consigo la rota universal de aquel numeroso ejército. Fue indecible la mortandad que se hizo en él. Todo el campo quedó sembrado de cadáveres: tomóse la bandera Real, y el mismo Rey cayó en nuestras manos, habiendo tenido yo mismo el honor de hacerle prisionero. Pero mientras estaba gozando el fruto de

de mi acertada direccion, hé aquí que me vienen á decir, que el General y Don Bíbulo (los cuales despues de agotado el frasco se habian metido atolondradamente en la funcion) habian sido atropellados por los enemigos, y que estaban tendidos medio muertos en el campo de batalla. Dí orden para que prontamente los recogiesen, y los llevasen á sus respectivas barracas, donde, visitadas sus heridas, se hallaron peligrosísimas. Escribí inmediatamente al Rey el feliz suceso de aquella gloriosa jornada, y aunque en la realidad habia sido yo el principal instrumento de ella, con todo eso acordandome de lo que pedia la modestia, alabé mucho la conducta del General, atribuyendo á su gran valor, y al inmenso zelo que tenia de la gloria de su Magestad, lo que solo habia sido efecto de su embriaguez y de su temeridad. Tambien tocó á Don Bíbulo su poco de alabanza, pero fue mas verdadera la que dí á los Portugueses, cuyo oportuno disparo llenó de terror á los enemigos, y fue el principio de su derrota, y de nuestra complectísima victoria. No obstante, el Rey, á quien sus mismos Madagascarenes habian informado con sinceridad de todos los hechos, se declaró públicamente obligado á mí solo, y me dió el mas auténtico testimonio de su gratitud con una benignísima carta, toda de su Real puño. Mientras tanto, yo por entonces solo pensé en aprovecharme de la victoria, acordandome de haber leído muchas veces, que esto es

lo primero que deben hacer todos los buenos Generales.

Por tanto, despues de haber concedido á la tropa el reposo que me pareció conveniente, y mandado que el Monarca prisionero con otros muchísimos Señores vasallos suyos fuesen conducidos á la Corte con una numerosa y escogida escolta, hice marchar el ejército hácia los confines del Reyno enemigo, ordenando al mismo tiempo que el General y Don Bibulo fuesen llevados á una de nuestras Plazas, para que allí les curasen sus heridas; pero poco despues me aseguraron, que se desesperaba de que el primero pudiese recobrar el uso de sus piernas, rotas ambas, y el segundo el de su vista. De esta manera me consideré asegurado en el mando del ejército, y libre del disgusto, y aun rubor que me causaba la intemperancia de nuestro Portugués. A pocas marchas que hicimos, llegamos á los desfiladeros ó gargantas que separan el Madagascar Septentrional del Meridional. Ordené que nuestra gente desfilase en diferentes divisiones por varias de aquellas gargantas, señalando en las llanuras del país enemigo el punto de union donde habian de juntarse, y de repente se hallaron aquellos pueblos como inundados de un triunfante y poderoso ejército, que los llenó de espanto y de terror. Desamparabanlos sus habitantes, huyendo delante de nosotros, y abandonándonos sus casas y sus haciendas, con todo quanto tenían. Las

Pl-

Plazas, los Castillos, y las Ciudades nos abrian sus puertas, y todas á competencia querian ser las primeras en rendirse á nuestras armas, de modo, que en poco mas de quince dias me ví dentro de la misma Corte del enemigo, llamada en su lengua Palabatar. Inmediatamente tomé posesion de todo en nombre de mi Rey. Apoderéme del Palacio Real, donde encontré la muger y hermanas del Soberano, á quienes traté con aquel mismo respeto y atencion que habia usado Alexandro con la Reyna de Persia, y demás Princesas de la Real Sangre de Dario. Dí el Gobierno de aquella Metrópoli á mi Intérprete Dagal, y envié varios destacamentos á todas las Provincias del Reyno, de manera, que en el espacio de un mes le habia ya sujetado todo, y sin perder tiempo dí parte de todo al Rey, escribiendole, que ya podía gozar por largo tiempo de una tranquilísima paz, pues no tenia su Magestad enemigos que pudiesen alterarla. Despues de esto, y arregladas todas las demas cosas, me dispuse para dar la vuelta á la Corte, y recibir en ella los aplausos, que consideraba muy debidos al constante curso de tan grandes y tan gloriosas victorias. Es verdad que yo hacía todo lo posible para tener humillada y abatida la vanagloria, acordandome de la inconstancia de las cosas humanas, de que me habia dado tantas lecciones en el discurso de mi vida mi propia experiencia. Con este desengaño, solo pensaba quánta sería mi dicha, si mereciera á

o 2

Dios

Dios la particularísima gracia de que por mi medio le conociese aquella Nación, se reduxese á la Fé, y abrazase la Religion verdadera. Esta seria sin duda la mayor y mas gloriosa de todas mis acciones. Consideraba, que quizá habria dispuesto la Divina providencia aquella prodigiosa elevacion de mi fortuna en tan breve tiempo, para que aprovechandome de mi autoridad, y de la buena opinion en que me tenian aquellos Isleños, la emplease toda en promover tan santo fin; porque quién sabe, si habiendo logrado librarlos del temor de sus enemigos políticos y visibles, no lograria con igual facilidad, mediante la asistencia del cielo, arrancarlos también de las garras de los enemigos diabólicos é infernales?

Lleno de estos alegres y Christianos pensamientos entré en Tarapasar, donde fuí recibido con los mas distinguidos honores, entre los aplausos, las aclamaciones, los vivas, y las bendiciones de todas las clases y órdenes, preconizando por los soldados, venerado de toda la Corte, y admitido á la mas estrecha y mas universal privanza del Soberano. Parecióme mi fortuna muy semejante á la del famoso Josef, que en un momento pasó desde el calabozo poco menos que al solio; pues por un decreto emanado del mismo trono, fue reconocido en todo Egypto por la segunda persona despues del propio Monarca. Viendome en esta elevacion, comencé á hacer del hombre de importancia,

tra-

tratando á todos con seriedad, pero al mismo tiempo con afabilidad y con modestia. Entonces conocí quanto enseñan los empleos á los hombres, y que se hacen hábiles para manejar aun los mas árduos negocios, quando son colocados en puestos que los den á conocer, ofreciendoles materia para descubrir sus talentos. ¡Oh! ¡y cuántos grandes ingenios están sepultados, porque la fortuna no los puso en parage donde pudiesen brillar! ¡Y cuántos por el contrario hacen una gran figura en el mundo, bien que dotados con escasez de un espíritu algo menos que mediano! Mientras tanto, yo tenia franca la entrada á todos los quartos de Palacio siempre que queria. Nada se hacía, ni se deliberaba sin que primero se consultase conmigo, de manera, que hallandome ya árbitro del Reyno, le gobernaba como mejor me parecia. Todos los empleos se daban por mi mano sin que ninguno se quejase, y sin que la envidia, cuya ojeriza contra los favorecidos y Privados es ya tan antigua, se atreviese á tentar ni aun levemente el ánimo de los nacionales para maquinárme mi caída.

Pero la que no pudo encontrar lugar en la rectitud y sinceridad de aquella admirable gente, echó profundísimas raíces en el corazon de mis propios compañeros. No podian llevar en paciencia, que siendo yo igual á ellos en el nacimiento, y menor en edad á la mayor parte, fuese tan superior á todos en la estimacion y

en

en la autoridad, sin otro mérito que el de la fortuna, segun ellos decian. Por otra parte llevaban muy á mal, que en vez de conferirles á ellos los Gobiernos de las Ciudades y Provincias conquistadas, hubiese preferido y echado mano de los nacionales, no queriendo conocer, que en esto me habia gobernado yo por una razon igualmente política que prudente, qual era la de dar á aquellos pueblos unos Gobernadores, que bien instruidos en su lengua, genios y costumbres, los supiesen ganar por el amor: fuera de que, ocupando ya todos los Portugueses puestos no menos honoríficos que lucrosos en la Milicia, parecia que debian contentarse con eso por ahora, sin aspirar á mas. Hallandose pues tan mal satisfechos de mí, estaban acechando ansiosamente la primera ocasion de derribarme, al mismo tiempo que en lo exterior me hacian grande corte, con demostraciones de singulares finezas. Pero como todas mis operaciones eran francas, rectas y sinceras, no tenian de donde asirse para acusarme por alguna de ellas, y así resolvieron echar mano de la calumnia, que es el único camino para oprimir á la inocencia. Parecióles (y en esto no se engañaban) que quanto aquella fuese mas grave y mas atroz, menos tiempo se gastaria en inquirir la ficcion, y averiguar la verdad, por atender quanto antes al remedio. Para forjar la que habian determinado imputarme, les sirvió grandemente la casualidad de estar alojado en mi casa (con licencia de

de nuestro Soberano) el Rey que habia sido hecho prisionero, la magnificencia con que yo le trataba, y las conversaciones que necesariamente habia de tener con aquel Soberano huesped mio. Valieronse de todo esto para acusarme de alta traycion, como que no solamente solicitaba yo la libertad de aquel Monarca, y restituirle al gobierno de sus Estados, sino que maquinaba la muerte de mi propio Soberano. Dió algun color á una calumnia tan atroz lo que sucedió en un Consejo de Estado que se habia tenido algunos dias antes. Propusose en él, ¿qué era lo que se habia de hacer con aquel Principe, y con su Real familia? y yo esforcé vigorosamente el voto de aquellos que eran de parecer se le pusiese en su entera libertad, y se le restituyesen sus Estados, pero con la única condicion de que se reconociese feudatario de su vencedor, y en muestra de este reconocimiento le pagase anualmente un moderado tributo. Dixe á este propósito, que además de la gran gloria que adquiria en el mundo á nuestro Soberano una accion de tanta magnanimidad, haciendo ver, que no habia empuñado las armas contra su enemigo por una ambiciosa y vil hambre de usurpar los Estados agenos, sino precisamente por la necesidad de defender, y de asegurar los propios; además de eso, vuelvo á decir, esta magnánima accion indirectamente produciría un grandísimo bien en sus Reales dominios; porque si el Rey se quisiese quedar con
los

los conquistados , seria dueño de toda la Isla, y en ese caso sus vasallos , no teniendo ya enemigos que temer , ni tropas que combatir , una de dos , ó se envilecerian en el ocio , ó sembrando discordias entre sí mismos , excitarian guerras civiles que asolarian el Reyno. Mis razones , confirmadas con los exemplos que produxe de varias naciones , que habiendo llegado al supremo ápice de la humana felicidad, sujetando los Reynos circunvecinos , ellas mismas se aruinaron á sí propias , fueron las que finalmente restituyeron en su Reyno al vencido Monarca del Madagascar Meridional; y como supo este Príncipe que yo habia tenido gran parte en aquella no esperada restitucion, me honraba infinitamente. Esto fue mi precipicio; porque los Portugueses conjurados contra mí , habiendo logrado en cierto dia una audiencia secreta del Rey , de repente se arrojó á sus pies el mas viejo , y mas ladino de todos , y hablando á nombre de ellos , Señor (le dixo) grandes cosas tenemos que descubrir á V. M. sino temieramos que se le habian de hacer increíbles. Pero menos malo es exponernos nosotros á sufrir la nota de calumniadores , que dexar arriesgada la preciosa vida de V. M. á la execrable alevosía de un traydor que está tramando quitarsela dentro de muy pocos dias. Al oír semejante proposicion , quedó el Rey horrorizado y atónito: sin embargo , atropellandose unas á otras las sospechas en su fantasía , habla

ami-

amigo (le dixo) y nõ me ocultes la mas mínima circunstancia de todo lo que supieres. Entonces el traydor le expuso toda la série de la forjada calumnia , asegurando que él mismo habia sido testigo de varios discursos que me habia oído, y que indicaban claramente el ánimo en que yo estaba de privar al Rey del Reyno y de la vida.

CAPITULO X.

Diligencias del Rey de Madagascar para averiguar la verdad de la acusacion de los Portugueses. Descubre la inocencia del Joven Siciliano. Consejos que éste da al Rey; pídele licencia para volverse á Europa; y sucesos de su viage, en que le acompañó el intérprete Dagal.

Qualquiera otro Príncipe menos prudente , y no tan detenido como aquel Monarca , hubiera ciertamente precipitado sus resoluciones en una materia tan delicada, y que á él le interesaba tanto. Quando se trata de la Corona , y de la vida de un Soberano , hasta las sombras son delitos , y muchas veces basta solamente la acusacion para hacer el proceso , y pronunciar la sentencia con-